


A woman is shown from the chest up, wearing a white t-shirt with a black lace bra underneath. She has red lipstick and is smiling. The t-shirt has the text "NO LO LLAMES AMOR" printed in black, with pink hearts above "NO", below "LLAMES", and on either side of "AMOR". She is also wearing a necklace and a bracelet.

NO LO
LLAMES
AMOR

Noelia Amarillo

 **esencia**

No lo llames amor

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Halay Alex – Shutterstock

Primera edición: julio de 2017
ISBN: 978-84-08-17380-9
Depósito legal: B. 14.063-2017
Composición: Víctor Igual, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

¿A quién se le ocurre empezar el curso escolar un jueves? A los iluminados de nuestro (des)gobierno, por supuesto. Hay que tener mucha mala leche para empezar el cole dos míseros días antes del fin de semana. ¿O no pensáis como yo? ¡Es que es la leche! No podía empezar un lunes, no. Tenía que ser un jueves. Así, con dos cojones. Que, oye, seguro que hay un motivo maravilloso para empezar un jueves, pero ahora mismo no lo veo, la verdad. Desde luego, los del Ministerio de Cultura ya no saben cómo joder la marrana...

★ ★ ★

Jueves, 8 de septiembre de 2016

—Mira que te sienta mal madrugar —comentó Jimena, observando a la adulta supuestamente responsable que tenía que llevarlas, a ella y a su hermana pequeña, al colegio.

—No me sienta mal madrugar, todos los días me despierto a las siete para estar aquí antes de que vuestra madre se vaya a trabajar —protestó Eva ofendida, ahogando un bostezo.

—Sí, pero en cuanto mamá se va, te tumbas en el sillón y te pones a roncar —objetó Gadea, observando con ojo clínico su mochila, no fuera a faltar algún libro. No era cuestión de empezar el cole con mal pie.

—Yo no ronco, mocosa. Y os aconsejo que dejéis el tema si no queréis que os ponga bocatas de cebolla para el almuerzo —amenazó Eva cuando la niña mayor fue a replicar.

Jimena y Gadea bufaron molestas, pero conociendo el mal talante que Eva gastaba de buena mañana, decidieron guardar si-

lencio. Al menos, por un rato. Lo justo para acabar de desayunar, meter los bocadillos en la mochila y marcharse de casa.

No habían acabado de salir cuando se abrió la puerta del piso de enfrente y tres niños de tez y pelo oscuros, de entre siete y doce años, invadieron el descansillo del segundo interior acompañados por un hombre tan moreno como ellos. Eva y el papá hindú se saludaron con el consabido «buenos días» mientras los niños estallaban en una alegre algarabía en la que el tema principal era el principio del curso. Bajaron al rellano general y allí se encontraron con la Morosa del segundo exterior y sus trillizos. Los adultos se saludaron con educación no exenta de tensión, al fin y al cabo, la Morosa debía dos años de comunidad, y los niños, ajenos a esas cuitas, se adelantaron en la escalera, formando mayor alboroto aún con la incorporación de los tres chiquillos. Alboroto que llegó a extremos insospechados cuando los trillizos y las niñas se enzarzaron en una pelea de dimensiones apoteósicas en el descansillo del primero exterior por defender sus posturas. A saber: Bob Esponja era un genio o Bob Esponja era un asco.

Eva echó a correr y llegó a tiempo de apartar a Jimena de la pelea en tanto que la Morosa detenía a su hijo por los pelos, literalmente. Y, en medio de esa locura, la puerta del primero exterior izquierda se abrió y de ella salió un hombre unos diez años mayor que Eva, de porte rígido y vestido con un elegante traje de dos piezas. En el bolsillo de la chaqueta asomaba un pañuelo burdeos que hacía juego con la corbata. Les dedicó a todos tal mirada de desprecio que silenció a los niños e inmovilizó a la madre de los trillizos, pero no así a Eva, que llevaba años sufriendo sus miraditas y se había vuelto inmune a ellas.

—Hombre, Rodrigo, malditos los ojos que te ven —dijo a modo de saludo, aferrando con mano firme a Jimena por si se le pasaba la parálisis e intentaba morder al trillizo.

—Ya veo que sigues tan encantadora como siempre, Eva —replicó él arrugando la nariz como si le molestara su olor. Ella no pudo evitar gruñir—. Si no saben educar a sus hijos, al menos tengan la decencia de llevarlos con bozal para que no ladren

—exigió mirando con desdén al grupo antes de tomar el ascensor con gesto indignado.

En cuanto el exasperante vecino desapareció, los adultos estallaron en una ofendida protesta y los niños continuaron discutiendo, aunque más tranquilos.

—¿Ya se ha vuelto a enfadar el Estirado? —comentó mordaz Cruz al salir de casa y encontrarse con los ánimos soliviantados por culpa de Rodrigo. Cerró la puerta con cuidado para no despertar a su novio, un periodista que había pasado la noche en la discoteca de moda tras el famoso de turno—. Ay, Mari, no te imaginas quién se lió ayer con quiénes, sí, *quiénes*, en plural. Te vas a quedar muerta —soltó intrigante.

Eva les dedicó a las niñas una mirada que les dejó bien claro que, si volvían a montar gresca, las consecuencias serían terribles, y se volvió hacia Cruz con los ojos brillantes por la emoción.

—Cuenta.

Cruz la tomó del brazo y se inclinó para detallarle al oído el escándalo del año.

—¿Sabes ese modelo tan guapísimo que estaba liado con...?

Mientras Cruz desgranaba el jugoso cotilleo, los chiquillos del primero interior y su madre se unieron al enjambre de personas y personitas que ocupaba la escalera. Bajaron entre charlas, risas y algún que otro exabrupto. En el portal se les unieron los niños asiáticos del bajo interior, y las agudas voces de la infantil turba pronto se convirtieron en una espeluznante cacofonía que les imposibilitaba entenderse. Aunque no por eso dejaron de gritar; al contrario, hablaron más alto a pesar de las protestas de los adultos, que, en lugar de calmar el alboroto, lo que hacían era soliviantarlo.

—¡Silencio! —exclamó de repente el dueño del bajo exterior derecha saliendo de casa vestido con un batín y un elegante pijama—. ¡Todos en fila! Vamos a ver, ¿qué son ustedes?, ¿personas o bestias? —preguntó a los niños a la vez que cruzaba las manos a la espalda con apostura militar—. Piense bien lo que va a decir, señorita Gadea —advirtió a la pequeña cuando ésta abrió la boca. Por supuesto, volvió a cerrarla.

Los niños se miraron entre sí antes de desviar la mirada hacia

los adultos, quienes se apresuraron a disimular que la cosa no iba con ellos. Al fin y al cabo, el Ogro había sido profesor durante más de cinco décadas, lo que significaba que también les había dado clases a algunos de ellos, y era muy difícil resistirse al influjo de su voz.

—Muy bien, ¿falta alguno de sus compañeros? —preguntó el severo anciano. Todos, adultos incluidos, negaron con la cabeza—. Entonces, váyanse y líbrennos del sufrimiento de tener que oírlos —ordenó antes de entrar de nuevo en su casa.

La madre de los trillizos bufó ofendida, mientras que el resto de los adultos se miraron con expresión divertida. No había semana que el Ogro no les echara la bronca por escandalosos.

Sin esperar un instante más, niños y adultos salieron a la calle y emprendieron la subida por la costanilla de San Andrés para ir al colegio Nuestra Señora de la Paloma.

★ ★ ★

El vecino dio un paso atrás, apartándose de la puerta a la vez que abría los puños. Los dedos, doloridos por la fuerza con la que los había apretado, crujieron al estirarse.

Todos los días, la misma historia. Los mismos gritos. Las mismas voces infantiles interrumpiendo su descanso. Y en septiembre todavía era peor, porque empezaban el curso y los pequeños monstruitos estaban más alterados de lo normal. Ya debería estar acostumbrado. Pero no lo estaba. Al contrario. Cada año le costaba más contener su furia y no arremeter contra los maleducados mocosos y sus impasibles madres. A veces incluso soñaba con sumergir sus pequeñas cabezas en cubos llenos de agua para silenciarlos. Pero se contenía. Le gustaba su casa y su barrio, las vistas que había desde su ventana y estar a un paseo de su trabajo. Definitivamente, no le apetecía cambiar de domicilio. Y eso sería lo que sucedería en caso de que se tomara la justicia por su mano y les diera su merecida lección a esos malcriados. Así que tocaba armarse de paciencia y aguantarse. Pero eso no significaba que fuera a quedarse de brazos cruzados.

De hecho, tenía pensada una pequeña travesura de lo más divertida.

Se dirigió a la habitación reconvertida en despacho y encendió el ordenador. Una sonrisa soñadora asomó a sus labios mientras pensaba en lo mucho que habían cambiado los tiempos. Cuando era pequeño acudía al mismo colegio que los niños del edificio y hacía una travesura similar. Sólo que en su época se tenía que juntar con los críos infestados de piojos y después, tras encerrarse en su cuarto y lejos de la mirada indiscreta de su madre, buscar las liendres y los piojos que habitaban en su propio pelo y guardarlos en cajitas. Luego, cuando bajaba al patio a jugar con los vecinos, repartía los bichitos en sus cabezas. Lo divertía ver a las madres volverse locas con el vinagre, tratando de erradicar la epidemia mientras él se entretenía en extenderla. Incluso, con el paso del tiempo, algunas familias cortaban el pelo a sus hijas en un vano intento por acabar con el contagio.

Era maravilloso ver a las niñas llorar desconsoladas por sus arruinadas melenas.

Y eso era más o menos lo que iba a hacer ahora. Sólo que ya no tendría que buscar a niños infestados de piojos para contagiarse. Ahora todo era mucho más fácil. Todo se podía comprar por internet. Incluso los piojos. Luego sólo sería cuestión de extenderlos y esperar a que se propagaran. Y sus vecinos eran tan estúpidos que supondrían que se trataba de otra epidemia de tantas. No verían que tenían el foco en su propia casa. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios; sí, iba a ser muy entretenido verlos rascarse la cabeza hasta quedarse sin uñas.

No veía el momento de poner en marcha su venganza.

Abrió Tor para acceder a la *deep web*. Esperó un instante a que se cargara la página que tanto tiempo y trabajo le había costado hallar, e hizo su encargo.

★ ★ ★

Eva y Cruz caminaban tras los niños cuando se encontraron frente al mejor espectáculo del mundo mundial: Calix, el bueno-

rro del primero interior, corriendo. En pantalón corto. Con una ajustada camiseta que marcaba cada músculo de su magnífica anatomía.

—Ten cuidado, reina, no vayas a pisar los ojos, que se me acaban de caer al suelo tras salirse de las órbitas. ¡Qué hombre! —Cruz lo miró embelesado.

—No pretenderás que aparte la vista del Buenorro para buscar tus ojos y no pisarlos, ¿verdad? Lo siento, guapa, pero por mí te puedes quedar ciega —replicó Eva.

—Y tanto que me voy quedar ciega, ¡pero de tanto mirarlo! —Cruz se abanicó con la mano como si estuviera sofocado—. Te lo tienes que tirar, reina, no podemos pasar un día más sin saber cómo es en la cama.

—Me niego a hacer de conejillo de Indias. Lo tíos como ése están tan preocupados por su imagen que no se mueven mientras follan por temor a despeinarse o a que se les arrugue la cara. —Eva chasqueó la lengua, desaprobadora—. Tíratelo tú si tanta curiosidad tienes.

—Te recuerdo, bonita, que yo tengo novio, mientras que tú estás soltera y sola en la vida —protestó él con un dejé burlón—. Y, de todas maneras, me da que es asquerosamente hetero. Una lástima. Así que te toca sacrificarte para sacarnos de dudas.

—Pues ya puedes esperar sentada, guapa. Prefiero dejarlo tranquilo, no vaya a ser que me lleve un chasco y no pueda volver a imaginarlo en el papel de semental en mis fantasías sexuales —bromeó en voz baja para que las niñas no pudieran oír la conversación.

—Ya, como si no nos conociéramos, bonita. —Cruz la miró burlón—. Ese tío te da grima. No tiene los dientes torcidos ni la nariz grande ni barriga cervecera ni verrugas en el pene...

—¡Jamás me he liado con nadie que tenga verrugas ahí! —Eva estalló en carcajadas.

¡Era increíble lo bien que la conocía Cruz! Porque, efectivamente, había dado en el clavo. El tipo estaba para mojar pan, sí. Tenía un cuerpo de infarto, también. Pero no la atraía en absoluto como pareja sexual. Era demasiado perfecto. Eran los defectos

los que hacían interesantes a las personas, y ese hombre no tenía ni uno solo. Le daba hasta repelús tanta hermosura. Ni siquiera empapado en sudor, como ahora, perdía apostura. Al contrario, estaba aún más guapo si cabía.

Lo siguió con la mirada cuando pasó por su lado. ¡Hasta sus zancadas eran perfectas!

—Además, no sé si te has dado cuenta de que ni siquiera me mira —dijo Eva, girando la cabeza para mirar el trasero del adonis—. Follármelo no me lo follaba, pero un bocadito en el culo sí que le daba —susurró lamiéndose los labios.

Y ése fue el momento elegido por Calix para volverse y mirarla como si acabara de darse cuenta de algo muy importante. Entornó los ojos pensativo antes de acercarse a ellos. Cruz y Eva, al creerse descubiertos, hicieron lo que haría cualquier adulto pillado in fraganti: mirar de nuevo al frente, disimular y seguir andando como si nadie los hubiera visto volver la cabeza para deleitarse con un culo duro y jugosón.

—Perdonad. —Calix los paró—. Esas niñas son las hijas de tu amiga la morena, ¿verdad? —Señaló a Jimena y a Gadea. Eva asintió con un gesto—. ¿Adónde las llevas?

—Al colegio —replicó ella. Él la miró confundido—. Hoy es el primer día de clase.

—Ah, claro. No lo había pensado —masculló él para sí—. ¿Cuándo salen?

—A las cuatro.

—¿Las recogerá su madre?

—Puede que sí o puede que no —contestó Eva, reacia a darle más información.

Estaba haciendo unas preguntas muy raras. Sobre todo, porque él nunca, jamás, se había interesado por nadie ni nada del edificio. ¡Si ni siquiera bajaba a las reuniones comunitarias, con lo entretenidas que eran!

El atractivo hombre frunció el ceño disgustado por su esquiva respuesta. Pareció a punto de preguntarles algo más, pero lo pensó mejor y sacudió la cabeza a modo de despedida antes de dar media vuelta y echar a correr de nuevo.

—Y ¿eso a qué ha venido? —murmuró Cruz, atónito por la escena.

—Ni idea. ¿Ves como yo estaba en lo cierto? Tanta perfección no es buena; el pobre será muy guapo, pero está tocado del ala —afirmó Eva, acelerando el paso para alcanzar a las niñas.

Llegaron al colegio, esperaron a que entraran y después se separaron, Cruz para ir a su tienda de enmarcado cerca de Sol y Eva, de vuelta a la casa de Gala.

Nada más entrar en el portal, llamó al piso del Mudo para encargarle el fiambre que necesitaba para pasar la semana. Luego fue a los buzones y, sin ningún disimulo, dejó en el de la familia Vega-Sombría el regalito que había preparado la noche anterior en el ConSumo Placer. Sonrió maliciosa y subió al segundo interior para poner en orden el hogar de Gala. Al fin y al cabo, ése era su trabajo: llevar y recoger a las niñas del cole y limpiar la casa. Cinco horas diarias que le reportaban un sueldo que le daba para comer. Con el del ConSumo Placer pagaba facturas y ahorra todo lo que podía, pues, si sus planes se cumplían, necesitaría bastante dinero para hacer su sueño realidad. Claro que para cumplirlo también tenía que aprobar las oposiciones, a pesar de lo mucho que le disgustaba trabajar encerrada en una oficina, así que tocaba hincar los codos a base de bien, y eso era justo lo que iba a hacer al cabo de un par de horas.

★ ★ ★

—¿Por qué no bajas a mirar el buzón?

Adán Vega-Sombría apartó la vista del ordenador y la centró en su abuela. Era la tercera vez esa mañana que se lo pedía.

—Porque aún no son las cuatro y el cartero jamás llega antes de esa hora —replicó obligándose a recordar que su abuela era una persona mayor y no podía mandarla a la porra.

—Está bien, no hace falta que bajas si no quieres, puedo hacerlo yo perfectamente.

Dolores apoyó las manos en los reposabrazos del sillón para impulsarse.

—¡Abuela, por favor! —Adán saltó de la silla para sujetarla cuando sus viejas rodillas fallaron por el esfuerzo—. Si ni siquiera consigues levantarte sola, ¿cómo pretendes sostenerte hasta el portal y bajar los seis escalones que separan los buzones del ascensor? —la reprendió con severidad—. Sabes de sobra que tardas un par de días en recuperar las fuerzas tras las sesiones, y todavía no ha pasado ni uno. Espera a mañana para hacerte la dura y mo-verte.

—Apártate de en medio, soy muy capaz de manejarme sin tu ayuda —masculló la anciana intentando alcanzar el bastón.

—Está bien, ya veo que hoy tienes uno de esos días —rezongó Adán enfilando hacia la puerta—. Espero que haya algo en el buzón, porque si no es así...

—A mí no me amenes, mocososo, te he cambiado los pañales las veces suficientes como para...

Adán salió de la casa antes de oír el final de la frase, aunque sabía cómo terminaba. Con ella de mártir y él de malvado. ¡Había que joderse cómo habían cambiado las cosas! ¡Dolores Carrión, mártir! ¡Ja! Le pegaba más el papel de malvada.

Frunció el ceño al pensar que, en cambio, a él le iba mejor el de mártir. Sacudió la cabeza para librarse de tan amargos pensamientos y entró en el ascensor. Insertó la llave en el botón del bajo con gesto huraño, pero cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo del portal, su enfado se había diluido al reflexionar acerca de lo mal que debía de estar pasándolo su abuela. Siempre había sido una mujer fuerte e independiente y ahora no tenía más remedio que aceptar su ayuda para hacer casi cualquier cosa. Debía de ser horrible verse obligado a depender de alguien.

Fue a los buzones y sonrió al ver que en el suyo asomaba el papel rojo que usaba la Borrego para sus sorpresas. A veces le daba la impresión de que esos regalitos que su abuela recibía dos veces al mes eran los que mantenían vivo su carácter fiero y luchador. Los que impedían que se dejara vencer por la desesperanza y el agotamiento.

Lo obligaba a mirar el buzón cada mañana. Era su obsesión. Los días que se encontraba fuerte y sin náuseas, bajaba ella mis-

ma, aunque ésos eran los menos. La mayoría de las veces se lo pedía a él, y Dios lo librara de estar ocupado haciendo otra cosa, como, por ejemplo, leer, porque si se negaba le montaba una escena, como acababa de hacer. En ocasiones se sentía tentado de tirar el regalo al contenedor y acabar con esa absurda obsesión, pero luego recordaba su reacción cuando los recibía: sus labios se estiraban en una ladina sonrisa, tan extraña en su rostro de perpetuo gesto severo que toda su cara parecía iluminarse, y sus ojos, en los últimos meses tan apagados, brillaban con algo parecido a la ilusión.

Adán sonrió burlón: si la Borrego supiera lo mucho que disfrutaba su enemiga con ese juego, no se molestaría en dejar nada en el buzón.

Cogió el sobre y lo palpó para asegurarse de que no contenía un saltamontes como en la ocasión anterior, cuando Dolores se encontraba mejor y bajó al buzón sin esperarlo. Su alarido pudo oírse en todo el edificio. Puede que incluso en todo el barrio de La Latina.

Una vez comprobado que no guardaba nada vivo, regresó a casa. Nada más entrar en el salón oyó la voz impaciente de su abuela:

—¿Es de la Borrego? Dámelo, vamos, no te quedes parado como un tentetieso.

No bien lo tuvo en las manos, hizo intención de abrirlo, pero él la paró con un gesto.

—¿No deberías comprobar antes que no contenga nada vivo?
—dijo socarrón, antes de seguir leyendo en el ordenador el informe sobre las novatadas en las universidades.

Si estuviera trabajando, investigaría ese asunto. Pero no lo estaba, de hecho, tenía una excedencia por un año. No obstante, le gustaba mantenerse informado, y si tras leerlo mandaba un e-mail a sus compañeros con sus apreciaciones, tampoco pasaba nada.

—No digas tonterías: la Borrego es una mujer muy lista, más que su abuela, que Dios la tenga en su gloria. Sabe que, si me manda un bicho, tiene que esperar varios meses para que me vuelva a pillar de sorpresa. —Abrió el sobre—. ¡Ay, Dios mío!
—Lanzó escandalizada el contenido lejos de sí.

—¿Qué pasa? —Adán saltó de la silla para ver qué era lo que había tirado.

Frunció el ceño al comprobar que era un manojo de hierbas secas y miró a su abuela sin entender por qué se había alterado tanto. El atado ni siquiera olía mal, al contrario, tenía un aroma muy agradable. Estiró la mano para cogerlo.

—¡No lo toques! Ve a por la escoba, recógelo y tíralo a la basura.

Adán la miró asombrado antes de volver los ojos de nuevo hacia las hierbas. Parecían inofensivas, pero su abuela las trataba como si fuera un veneno mortal ultrapotente.

—¿Por qué no puedo tocarlas?

—Porque lo digo yo —replicó la anciana con terquedad.

Él arqueó una ceja. Su abuela no tenía por costumbre dar explicaciones, pero él ya no era el niño que adoraba el suelo que ella pisaba y obedecía presuroso para ganarse su aprobación. Hacía más de veinte años que no le interesaba ganarse nada de ella, ni siquiera su cariño.

Agarró el ramillete con decisión.

—¡Suéltalo ahora mismo! —exclamó la anciana, indignada por su insubordinación.

—Sólo son hierbas secas —repuso él ignorando su requerimiento. Se las acercó a la nariz para gran disgusto de ella—. Creo que una es hinojo, el resto no las reconozco.

—Suéltalas ahora mismo, Adán, lo digo por tu bien. Si las tocas, el deseo carnal se apoderará de ti. Son cosa del diablo —lo urgió Dolores, persignándose.

Adán la miró asombrado; ¿estaba hablando en serio?

—No digas tonterías, abuela, ese tipo de plantas no existen, son sólo un bulo. Y, aunque existieran, ¿cómo las iba a conseguir la Borrego? No creo que un afrodisíaco tan potente se compre en cualquier herbolario —comentó burlón.

—No seas ingenuo, las saca de ese antro de perdición en el que trabaja.

Adán levantó la cabeza al oírla.

—Yo creía que trabajaba cuidando a las niñas del segundo

—comentó pensativo. ¿La del segundo cultivaba drogas en ese agujero sin luz que llamaba *casa*? ¡Imposible!

—Sí, cuida a esos demonios de niñas y, según parece, les limpia la casa, aunque dudo que esa bruja sepa utilizar una escoba como Dios manda.

—Seguro que sólo la usa para volar —dijo Adán con sorna—. Y, en vez de hacerles la comida, prepara pócimas con hierbas raras que consigue en sus viajes con la escoba.

—No seas insolente —lo reprendió su abuela—. Las hierbas las consigue en su otro trabajo. Los fines de semana es camarera en un antro de perdición al que las personas van a hacer perversiones. —Arqueó las cejas para dar énfasis a sus palabras—. Llevamos años enviando cartas al ayuntamiento para que lo cierren, pero lo único que hemos logrado es que les manden un par de inspecciones, de las que han salido sin problemas. Seguro que los han comprado.

—¿Lleváis años mandando cartas? ¿Quiénes? —inquirió aturdido. No conocía esa faceta de su abuela.

—Rodrigo y el matrimonio del primero exterior derecha, mis amigos Félix y Mercedes, y yo. Por supuesto, todas las cartas van firmadas por mí, que soy quien ha dado la voz de alarma sobre el inconveniente de tener un lugar así en el barrio. Enviamos al menos una carta al mes, y en cuanto me ponga bien y me vea con fuerzas para atender a la tele, escribiremos a Telemadrid para que hagan un reportaje sobre lo que se cuece en ese antro.

—No me extraña que te odie —musitó Adán atónito—. ¿No te das cuenta de que estás jugando con su trabajo? No voy a permitir que vuestras estúpidas rencillas pongan en jaque su medio de ganarse la vida.

—¡No se te ocurra ponerte de su parte! No sabes cómo es ese lugar. Hay alcohol y...

—En todos los bares hay alcohol —resopló él, interrumpiéndola.

—¡Y drogas!

—Si hubiera drogas, les habrían cerrado el local en las inspecciones —objetó.

—No lo entiendes. No son drogas de las que salen en la tele, sino plantas como esas que tienes en la mano. Las mezclan para conseguir bebedizos que les enajenan la mente y les hacen arder de deseo —explicó Dolores, harta de que su obtuso nieto no entendiera nada.

Adán puso los ojos en blanco al oír tal sarta de estupideces.

—Vaya antro de perdición más peculiar, con pócimas y encantamientos; más bien parece un aquelarre de brujas. Y si tenemos en cuenta lo de la escoba...

—¡No te burles de mí! ¡Es exactamente como te digo! No es la primera vez que me echa esas hierbas en el buzón, y la única ocasión en la que las toqué, pasé la noche enfebrecida como no lo he estado desde que vivía tu abuelo. ¡Y lleva muerto diez años, que en paz descanse!

—Sí, que descansen y así descansamos nosotros —musitó Adán con un resoplido.

Dolores dio un respingo, aunque prefirió fingir que no lo había oído. Comprendía a su nieto más de lo que él creía y sabía que había temas con los que no se podía discutir con él. Su difunto abuelo era uno de esos temas. Sus padres, el otro.

Adán sacudió la cabeza, arrepentido por lo que acababa de soltar. Esa discusión era tan disparatada que lo estaba alterando hasta el punto de no medir lo que decía.

—Vamos a intentar ser racionales. —Se pasó las manos por el pelo—: ¿No puede ser que la Borrego te dijera que ibas a sentir deseo y tú te obsesionaras hasta el punto de soñar con ello?

Dolores frunció el ceño al darse cuenta de que tal vez su nieto no estuviera desencaminado. La maldita bruja le había asegurado que las hierbas que acababa de tocar le harían sufrir un horrible deseo. ¡Pero desde luego no iba a reconocer eso ante Adán! Ella siempre llevaba razón, y no pensaba darle pie a que pensara lo contrario.

—Está bien. No me creas. Al fin y al cabo, nunca lo haces —suspiró cual mártir—. Deja que siga mandándome hierbas que me envenenen la mente y me atonten los sentidos. Cuando me muera en extrañas circunstancias y te quedas solo en este mundo,

te darás cuenta de la razón que tenía tu abuela y te arrepentirás de no haberle hecho caso —murmuró lastimera.

—Está bien. —Adán dio media vuelta con brusquedad y abandonó el salón.

—¿Adónde vas?

—A pedirle que deje de maldecirte —bufó él antes de salir del piso dando un portazo.

Llevaba dos meses allí y debía reconocer que convivir con su abuela, tras tantos años sin apenas tratarla, no era fácil. A veces le daban ganas de estrangularla, sobre todo cuando se negaba a dar su brazo a torcer, algo que hacía a menudo. Y mejor no hablar de los malos recuerdos que despertaba esa casa en él. La soledad, la frustración, la rabia, el dolor por la falta de su madre. Así que bajar a hablar con la bruja del tercero interior era una excusa tan buena como cualquier otra para alejarse un rato de ese ambiente opresivo y deprimente en el que había vivido toda su infancia. No obstante... Se paró antes de pisar el primer escalón, consciente de que sólo había pasado un día desde la última sesión y su abuela estaba muy debilitada. No era buena idea dejarla sola. Giró sobre sus talones y abrió la puerta de la casa, dejándola entornada. De esa manera, si ella lo necesitara, la oiría al primer grito.

★ ★ ★

Dolores suspiró enternecida al intuir el motivo por el que su nieto dejaba la puerta abierta. Era un hombre extraordinario, como había pocos en el mundo. Y nadie lo sabía. Ni su padre ni su abuelo habían sabido ver lo especial y maravilloso que era. Tan maravilloso que había sido capaz de dejar su apartamento y su trabajo, temporalmente, para ir a cuidarla a la casa que tanto aborrecía. Debía de resultarle agotador estar todo el día allí, con una vieja achacosa como ella, rodeado de recuerdos que odiaba. Pero era casi imposible hacerle salir. Era demasiado responsable para dejarla sola ahora que estaba tan débil. No se engañaba, sabía que era la responsabilidad y no el cariño lo que lo mantenía atado a ella.

Ojalá pudiera cambiar el pasado, pero era imposible, así que tendría que conformarse con intentar cambiar su percepción de ella en el presente, durara éste lo que durase.

Se levantó renqueante y se dirigió al balcón para contemplar su amada plaza. Hacía fresco, pero no tenía fuerzas para ir a la habitación a por una rebeca. Además, sólo pensaba estar fuera un ratito. Se apoyó en la baranda y deseó que su nieto tardara un buen rato en regresar; a pesar de lo mucho que lo quería, necesitaba un respiro. Ambos lo necesitaban. Diez minutos en los que disfrutar de la soledad serían maravillosos. Ojalá los tuviera. Tal vez sí. Lo más probable era que Eva lo sacara de quicio, haciéndole perder los estribos y entreteniéndolo un buen rato. Sonrió ladina. Sería un choque de voluntades en el que la Borrego saldría perdedora. ¡Menudo era su nieto cuando se trataba de defenderla! Ya era hora de que esa mujer se enterara de que Adán estaba a su lado y la protegía de sus travesuras.

Aunque lo cierto era que no necesitaba que nadie la protegiera. De hecho, ella sola se sobraba para vengarse de Eva y darle todas las lecciones que hicieran falta. Cerró los ojos y empezó a buscar una venganza digna. Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios mientras daba forma a su terrible plan.

★ ★ ★

Eva levantó la cabeza del temario al oír el timbre. Miró el reloj y arrugó la nariz, ¿quién sería a esas horas? Desde luego, uno de los vendedores a domicilio que le enviaba Dolores como venganza, no. Sólo hacía cuatro horas que le había mandado el regalito, no le habría dado tiempo a montar una entrevista para venderle algo. Y, además, la viuda lo habría enviado a una hora que pudiera molestarla, no a la una del mediodía. Se quitó las gafas, dejó el grueso libro en la mesa y fue a la puerta. Se asomó a la mirilla y sus ojos se abrieron como platos. ¡Menudo morenazo había en el descansillo! Esbelto pero fibroso, con esa delgadez atlética de los corredores de fondo, de caderas estrechas que hacían que los vaqueros le quedaran de muerte y unos hombros anchos que tensa-

ban la camiseta negra que vestía. No muy alto, más o menos uno ochenta. Perfecto para acompañarla cuando se pusiera los tacones de aguja de diez centímetros. Lucía una descuidada barba de varios días que le daba aspecto de bandido y tenía el pelo corto y alborotado, como si no se hubiera molestado en peinarse. Sus penetrantes ojos, tan negros como su cabello, miraban al frente con exasperación mientras sus labios, el inferior más grueso que el superior, se apretaban en una mueca de impaciencia. Las arrugas que le surcaban la frente y la nariz aguileña imprimían carácter a su rostro.

Un rostro cuyas imperfecciones sedujeron a Eva. No podía decirse que fuera un tipo guapo, pero tenía un magnetismo animal que la subyugaba. Se atusó el pelo y se lamentó en silencio de que no le diera tiempo a ponerse las lentillas azules. Luego, tras comprobar que la camiseta que vestía no era tan corta como para que se le vieran las bragas, esbozó su sonrisa más seductora y abrió.

—Hola —saludó a la vez que se apoyaba en la jamba de la puerta en actitud sensual—. ¿En qué puedo ayudarte?

Adán parpadeó aturdido por la visión que se presentaba ante él. ¿Quién era esa preciosa mujer y dónde estaba la bruja horrenda que amargaba a su abuela? ¿Ésa era la cría traviesa y deslenguada que se había pasado toda la infancia fastidiándolo? ¿Cómo se llamaba? Y ¿de dónde había sacado esa camiseta?, se preguntó al leer la frase escrita en ella: MI FANTASÍA TEXTUAL ES QUE ME COMAS Y PUNTO. ¡Con mucho gusto la comería, joder!

—¿Eva? —musitó, recordando al fin su nombre—. ¿Eva Borrero?

—La misma que viste y calza.

Ella esbozó una sonrisa torcida que fue directa a su entrepierna. Joder, jamás había visto una sonrisa tan sexi. La observó fascinado, desde el alto moño al más puro estilo Marge Simpson con el que se recogía el pelo rubio y que la hacía parecer mucho más alta de lo que era, hasta sus estrechos pies descalzos con las uñas pintadas de rojo. Su cara, de rasgos afilados, almendrados ojos castaños y nariz respingona era una mezcla irresistible de dulzura y picardía. Vestía una camiseta de manga corta varias tallas gran-

de que terminaba al ras de sus muslos, lo cual era una suerte porque, si fuera un poco más corta y enseñara sólo una pizca más, él estaría irremisiblemente perdido. Sin poder evitarlo, fijó la mirada en su pecho; aunque la camiseta no era ceñida podía ver que no llevaba sujetador, pues se le marcaban los pezones contra el suave algodón. Se lamió los labios sediento, aunque no de agua.

—¿Hola? ¿Te ha dado un pasmo? —le llamó la atención Eva al ver que no decía nada.

—No, sólo estaba... —«Observándote atontado.» Sacudió la cabeza y le enseñó las hierbas que había cogido del buzón.

Eva ladeó el cuello y a él se le asemejó a un duende travieso, más aún cuando esbozó una revoltosa sonrisa que lo dejó tan fascinado que casi podía decirse que, en esta ocasión, sí le había dado el mencionado pasmo.

—¿De dónde las has sacado? —inquirió ella, mirándolo intrigada.

—Del buzón de mi abuela.

—¿Tu abuela? ¿Eres el nieto pródigo?

—¿Perdona?

—Ya sabes, el nieto perdido que de repente ha vuelto al redil —apuntó son sorna.

Adán resopló molesto al oírla.

—No estaba perdido, y no he vuelto al redil —replicó con voz severa—. ¿Has metido estas hierbas en mi buzón? —demandó, irguiéndose amenazador.

Eva lo miró de arriba abajo, imitó su postura e intentó poner cara de mala malísima, pero no le salió. Una risita pícara escapó de sus labios antes de conseguir fruncir el ceño como hacía él.

—Relájate, tío, o te dará algo —lo exhortó a la vez que cruzaba los tobillos con perezosa sensualidad.

Adán no pudo evitar centrar la mirada en las largas y esbeltas piernas. Se moría por acariciarlas y comprobar si eran tan suaves como parecía. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que había vuelto a quedarse pasmado. ¡Esa mujer era peligrosa para su paz mental!

—¿Las has dejado tú en el buzón o no? —la increpó, sus ojos

negros sobre los castaños de ella. Era el sitio menos peligroso en el que podía fijarlos.

—Claro. Siempre soy yo quien le deja los regalitos. ¿No te lo ha dicho Lola?

—Dolores —la corrigió él. Su abuela no soportaba que usaran su diminutivo.

Ella sonrió revoltosa. Así que a él también le molestaba que la llamara Lola. Bueno era saberlo.

Adán esperó a que Eva dijera algo, pero, en lugar de eso, ella se dedicó a mirarlo como si quisiera comérselo a bocaditos. Unos bocaditos húmedos y lentos que parecían recorrer cada lugar de su cuerpo en el que posaba esos increíbles ojos almendrados.

Carraspeó alterado. ¿Qué mosca le había picado para que su imaginación estuviera tan revolucionada?

—No quiero que vuelvas a dejar nada en el buzón —exigió cruzándose de brazos.

—¿En serio? Vale. —Eva se encogió de hombros—. ¿Desea algo más el caballero?

Adán la miró desconfiado. ¿Vale? ¿Y ya estaba? ¿Tan fácil? ¿Tantos años de rencillas y regalos en el buzón y sólo hacía falta hablar como personas cabales para acabar con la guerra? Increíble. Tanto, que no se lo tragaba. Pero ya bajaría a quejarse si rompía la tregua. De hecho, ojalá no tardara mucho en romperla. Era fascinante hablar con ella. Aunque no tanto como mirarla.

—Con que la dejes tranquila es suficiente. Gracias. —Se dio la vuelta para marcharse.

—No pienso dejar tranquila a Lola.

La voz de Eva lo hizo girar con brusquedad.

—¿Perdona? Acabas de decir que no ibas a hacerlo más.

—No. Lo que yo he dicho ha sido: «Vale», nada más.

—Exacto. —La miró como si estuviera loca—. Y eso significa que estás de acuerdo en...

—No —lo interrumpió ella—. «Vale» sólo significa «Vale, propuesta recibida». No que haya aceptado dejar de mandarle paquetitos. Además, me parece muy mal por tu parte privar a Lola de sus regalos. ¿Te has planteado lo mucho que se va a aburrir si

no tiene ningún motivo para ponerme a parir? ¿De qué hablará con sus secuaces del tercero exterior izquierda? ¿De qué se quejará en las reuniones de vecinos? La vida sin mis obsequios será un verdadero coñazo —afirmó—. Reconócelo, Adancito, le doy ali-ciente a su vida.

Él la miró asombrado. No podía estar hablando en serio. ¿O sí? Joder, sí hablaba en serio. Y, aunque él estaba básicamente de acuerdo en casi todas sus afirmaciones, eso no significaba que fuera a darle la razón. ¡Era de locos, además de infantil, comportarse como lo hacía ella!

—Mira, bonita...

—Gracias —lo interrumpió Eva de nuevo.

—¿Gracias por qué? —inquirió confundido. ¿A qué venía eso ahora?

—Por llamarme *bonita*. Mi abuela me enseñó que es de bien nacido ser agradecido.

Adán parpadeó desconcertado.

—No era un piropo —musitó perdido. Era muy difícil seguirle la conversación.

—¿No? Vaya, qué chasco, me había hecho la idea de que te parecía guapa. —Eva hizo un puchero.

—Y me lo parece —replicó aturdido.

—Gracias. —Ella esbozó una radiante sonrisa que lo dejó ob-nubilado.

Adán la miró atolondrado antes de comprender que se la había jugado otra vez.

—¡Joder! ¡Deja de dar la vuelta a todo lo que digo! —exclamó frustrado—. No, ni se te ocurra abrir la boca —exigió al ver que se proponía replicarle.

Eva ladeó un poco la cabeza y se encogió de hombros en una postura tan sensual que, muy a su pesar, Adán sintió un ramalazo de lujuria recorriéndole el cuerpo que acabó golpeándole sin compasión la entrepierna.

—Está bien, vamos a comportarnos como personas racionales durante un rato, ¿vale? —siseó intentando no pensar en la rapidez con la que latía su corazón. Hacía años que no se excitaba sólo

por hablar con una mujer. Desde la adolescencia, de hecho—. No sé de dónde viene esta rencilla ancestral entre nuestras familias, y estoy seguro de que tú tampoco.

Eva coincidió con un gesto.

—De hecho, no creo que nuestras abuelas recuerden por qué se peleaban —continuó él—. Lo que significa que es una estupidez seguir con la guerra. —Guardó silencio, esperando que ella lo contradijera, pero no abrió la boca—. Somos adultos, no puede ser que dejes en el buzón saltamontes, hierbas, harina... Es infantil. Y para lo único que sirve es para cabrear a una anciana que no te ha hecho nada.

Eva arqueó las cejas a la vez que abría la boca del todo, escenificando sorpresa e indignación.

—Tal vez se queje un poco de ti en las reuniones —recló Adán, porque lo cierto era que su abuela también le hacía trastadas a la mujer que tenía ante él.

Eva bajó las cejas y apretó los labios en un innegable gesto de irritación.

—Bueno, quizá se queje algo más que un poco.

Eva sacudió la cabeza; él se estaba quedando muy corto en sus apreciaciones.

—Está bien, te hace mil jugarretas, vale, pero debes entender que es una persona mayor con sus manías y rarezas, y tienes que disculparla y, sobre todo, no entrar al trapo.

Eva separó los labios asombrada y se señaló el pecho en un gesto universal que significaba: «¿Yo? ¿Estás loco?».

Adán entrecerró los ojos al percatarse de que ella llevaba varios minutos sin decir nada, hablándole sólo con gestos.

—¿No vas a dirigirme la palabra? —inquirió observándola con detenimiento.

Eva negó con la cabeza.

—Y ¿puedo saber por qué?

Ella entró en la casa y salió un instante después con un cuaderno en el que escribió: «Me has dicho que ni se me ocurriera abrir la boca, y yo soy una chica muy obediente».

Adán leyó la frase y casi pudo ver en su cerebro los delgados

labios femeninos frunciéndose en un erótico puchero. Su entrepierna se tensó más aún.

Sacudió la cabeza, sintiéndose burlado.

—Está bien, puedes abrir la boca —masculló desafiante.

Y Eva hizo exactamente eso. Abrió la boca y se lamió los labios muy despacio, con lúbrica alevosía.

Adán tragó saliva, la garganta de repente seca.

—Me estoy cansando de esta discusión disparatada. —Apretó los dientes al sentir de nuevo el latido del deseo—. Mira, boni... —Se interrumpió antes de darle un arma con la que pudiera volver a confundirlo—. Mira, Eva, este juego se acaba aquí y ahora. No vas a volver a meternos nada en el buzón —exigió con voz firme. Le había tocado las narices y pensaba dejarle bien claro quién mandaba allí—. Si vuelvo a encontrar un solo regalito tuyo que pueda considerar ofensivo o de mal gusto, te denunciaré a la policía —la amenazó implacable.

Eva, en respuesta, lo recorrió con la mirada, se detuvo en su torso un instante y luego bajó a su paquete, que, para qué negarlo, estaba un poco hinchado. Fijó los ojos en él y volvió a lamerse los labios.

Adán tuvo que recordarse que, por mucho que en la camiseta pusiera que su fantasía textual era que «la comiera y punto», no era correcto abalanzarse sobre ella en el rellano, besarla, desnudarla y lamerle todo el cuerpo hasta que gritara exigiéndole que la follara.

—Si vuelves a invadir mi buzón, no dudaré en denunciarte —reiteró, más por distraerla y distraerse él que porque pensara que no le había quedado clara su primera amenaza.

Eva apartó por fin la mirada de su entrepierna para fijarla en sus ojos negros.

—¿Sigues metiéndote calcetines en los calzoncillos para que parezca que estás más dotado? —le preguntó a bocajarro.

Adán la miró aturdido y completamente bloqueado.

—No deberías hacerlo; das falsas ilusiones a las chicas como yo, que rechazan el dicho de que el tamaño no importa. Porque sí importa. Y mucho —apuntó—. Ten cuidado con ese ramille-

te —señaló las hierbas que él aún sujetaba en la mano—, contiene maca, que tiene propiedades vigorizantes y aumenta la testosterona. Lávate las manos antes de machacártela o te pasarás horas empalmado —le advirtió antes de cerrarle la puerta en las narices.

Adán miró las hierbas, luego la puerta cerrada, después su abultada entrepierna y de nuevo las hierbas. Abrió la mano y permitió que cayeran sobre el felpudo de Eva antes de dirigirse a la escalera. Regresó a casa. Atravesó el pasillo para ir a su habitación, pero al pasar frente al salón, la voz de su abuela lo detuvo:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —dijo él con voz neutra desde el pasillo, su mirada fija en ningún lugar.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? ¿No le has cantado las cuarenta a esa pelandusca?

—Sí. Y las cincuenta —replicó distraído.

—¿Te estás riendo de mí? —inquirió Dolores, confundida por su falta de interés.

—No, en absoluto. —Adán se volvió hacia ella, pero no pareció verla. Dolores parpadeó sorprendida al ver su expresión absorta; no había ni rastro de su habitual impaciencia—. He bajado, le he echado la bronca, me ha ignorado, así que la he amenazado con denunciarla y ella... —Una animada sonrisa curvó sus labios—. No creo que deje de mandarte regalitos —finalizó antes de encaminarse de nuevo a su dormitorio.

Dolores sacudió la cabeza anonadada; ¿qué narices le había hecho la Borrego a su nieto? Sólo había pasado un cuarto de hora con ella y había subido totalmente cambiado. Estaba como ido, como si su mente se encontrara a kilómetros de esa casa. O, mejor dicho, a dos tramos de escalera. Algo le había pasado y no era bueno. Estaba a punto de levantarse del sillón e ir con él para intentar sonsacarle cuando una risa grave recorrió el pasillo.

Se quedó petrificada.

¿Era Adán quien se reía? No. Eso era imposible, habían pasado décadas desde que había oído su risa por última vez. Pero esas carcajadas masculinas y espontáneas provenían de la habitación

del fondo... y allí sólo estaba él. De hecho, era el único hombre en toda la casa.

Su niño se estaba riendo.

Se relajó, sus labios curvándose contagiados por las carcajadas masculinas. Fuera lo que fuese lo que le había hecho la nieta de Pilar, no podía ser malo. No, si le hacía reír de esa manera.

Se secó con disimulo la lágrima traidora que le resbalaba por la mejilla.